

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Octavo grado
Estudios Sociales

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Octavo grado
Estudios Sociales

Los dos reyes y los dos laberintos

Jorge Luis Borges

Cuentan los hombres dignos de fe (pero Alá sabe más) que en los primeros días hubo un rey de las islas de Babilonia que congregó a sus arquitectos y magos y les mandó a construir un laberinto tan perplejo y sutil que los varones más prudentes no se aventuraban a entrar, y los que entraban se perdían. Esa obra era un escándalo, porque la confusión y la maravilla son operaciones propias de Dios y no de los hombres.

Con el andar del tiempo vino a su corte un rey de los árabes, y el rey de Babilonia (para hacer burla de la simplicidad de su huésped) lo hizo penetrar en el laberinto, donde vagó afrentado y confundido hasta la declinación de la tarde. Entonces imploró socorro divino y dio con la puerta. Sus labios no profirieron queja ninguna, pero le dijo al rey de Babilonia que él en Arabia tenía otro laberinto y que, si Dios era servido, se lo daría a conocer algún día.

Luego regresó a Arabia, juntó sus capitanes y sus alcaides y estragó los reinos de Babilonia con tan venturosa fortuna que derribó sus castillos, rompió sus gentes e hizo cautivo al mismo rey. Lo amarró encima de un camello veloz y lo llevó al desierto. Cabalgaron tres días, y le dijo: “¡Oh, rey del tiempo y sustancia y cifra del siglo!, en Babilonia me quisiste perder en un laberinto de bronce con muchas escaleras, puertas y muros; ahora el Poderoso ha tenido a bien que te muestre el mío, donde no hay escaleras que subir, ni puertas que forzar, ni fatigosas galerías que recorrer, ni muros que vedan el paso”. Luego le desató las ligaduras y lo abandonó en la mitad del desierto, donde murió de hambre y de sed. La gloria sea con aquel que no muere.

Tomado de <https://goo.gl/VUKxrw> (20/02/2018)

Jorge Luis Borges (1899-1986). Poeta, ensayista y escritor argentino. Colaborador en revistas literarias francesas y españolas. Entre sus obras están *Fervor de Buenos Aires*, *Historia universal de la infamia*, *Antología de la literatura fantástica*, entre otras.

Unos niños

Aquiles Nazoa

A ver el tren que llega
jadeante, fatigado
de andar dando silbidos
para alegrar los campos,
o colocando nubes
sobre los cielos mansos;
el tren de los viajeros
jubilosos de mayo,
en cuyas ventanillas
va el corazón viajando;
el tren que las colinas
trasmonta cabizbajo
por ir paciando flores
—¡oh lírico caballo!—;
el tren que escupe estrellas
y respira relámpagos,
a ver el tren dos niños
a la estación llegaron.

Por el andén pasean
cogidos de la mano
y luego, como absortos,
se sientan en un banco.
El menor lleva una
varita de durazno,
y a medida que al otro
le va todo explicando,
en el aire con ella
va como dibujándolo:
“La máquina es oscura”.
“Los vagones son largos”.
“El hombre que maneja
se metió por debajo...
¡Mira, tiene una gorra
de capitán de barco!”.

¡Oh lección inocente!
¡Tonto libro primario!
Todo lo escucha el otro,
pero sigue callado,
los ojos en el cielo
y en las piernas las manos.
Es un ciego. Es un ciego,
¡un ciego de once años!,
que del tren solo entiende
lo que dice el silbato
y la plática simple
que le dicta su hermano
y que siempre es la misma
sobre aquel mismo banco.
Él con los mismos ojos
al cielo levantados,
y el otro con la misma
varita de durazno,
como un arcángel pobre
gestionando un milagro.

Cargado de alegría
se marcha el tren de mayo,
el tren que escupe estrellas
y respira relámpagos.
A su paso florecen
los pañuelitos blancos.

Y por el niño ciego
que en silencio ha quedado,
va la locomotora
gimiendo por los campos.

Tomado de Nazoa, A. (1987). Unos niños. *La Ronda del Sol*, p. 5.

Aquiles Nazoa (1920-1976). Poeta venezolano conocido por su poesía infantil y humorística. Entre sus obras destacan *Poesías costumbristas, humorísticas y festivas*, *El transeúnte sonreído*, *El ruiseñor de Catuche*.

El autocar y el ferrocarril

Esteve Pujol i Pons

En la plaza de la estación del ferrocarril, un autocar esperaba a los viajeros que debían llegar en el tren de las nueve de la mañana. El tren llegó con toda puntualidad y, durante los minutos en los que aguardaba a que le dieran la salida y el autocar iba recibiendo a los pasajeros y sus equipajes, ambos entablaron esta conversación:

—Querido autocar, tú haces lo que te viene en gana; puedes circular con plena libertad; vas por donde te apetece; se te antoja girar a la izquierda o a la derecha, nadie ni nada te lo impide; tú eres libre de verdad. ¡Qué suerte tienes! Yo, en cambio, siempre estoy sujeto a estas vías de hierro. ¡Qué desgracia la mía si intentara salirme de estos rieles que marcan inexorablemente mi camino!

—¡Cuánta razón tienes, viejo amigo ferrocarril! Yo puedo escoger mi ruta y cambiarla cuantas veces lo desee; puedo descubrir lugares nuevos, horizontes insospechados; incluso, si me apetece, me detengo en una pradera verde y descanso un ratito mientras mis ocupantes toman su almuerzo. Es cierto, pero no todo es tan bonito. ¿Sabes tú la cantidad de peligros a los que estoy expuesto a cada instante? Debo andar con ojo avizor a cada paso que doy; los otros vehículos me asaltan por todos lados. ¡Ay de mí si me disgusto un segundo! ¿Y si me salgo de la carretera? ¿Y si me arrimo demasiado a la cuneta? ¿Y si me deslumbra el automóvil de enfrente? La catástrofe puede ser monumental.

—Es verdad, no se me había ocurrido. Mi sumisión a la vía reduce mi libertad, pero aumenta mi seguridad. Puedo circular kilómetros y kilómetros con los ojos cerrados y puedo alcanzar velocidades de ensueño... siempre que no me salga de mis pulidos rieles. No soy dueño de mi dirección: mi itinerario me lo marcan los demás; y los cambios de agujas me solucionan las encrucijadas que me podrían hacer dudar.

—Sí, viejo tren. Nos ocurre como a las personas, ¿sabes? A más libertad, más riesgos, mayores peligros, más responsabilidad ante las decisiones. Es muy bello ser libre, pero también es muy difícil. El precio que hay que pagar por la libertad es altísimo, pero vale la pena.

El diálogo quedó interrumpido por el silbido del jefe de estación que daba la salida al expreso Madrid-Barcelona. Al mismo tiempo alguien, dentro del autocar, preguntaba en voz alta:

—¿Por dónde vamos a pasar?

Pujol i Pons, E. "El autocar y el ferrocarril". En Jesús Araujo (ed.). (2002). *Valores para la convivencia*. Barcelona: Parramón.

Esteve Pujol i Pons (1941). Psicólogo, educador y escritor español. Su obra se centra en la difusión de valores.

El zagal y las ovejas

Félix María de Samaniego

Apacentando un joven su ganado,
gritó desde la cima de un collado:
"¡Favor!, que viene el lobo, labradores".
Estos, abandonando sus labores,
acuden prontamente,
y hallan que es una chanza solamente.

Vuelve a clamar, y temen la desgracia;
segunda vez los burla. ¡Linda gracia!

Pero ¿qué sucedió la vez tercera?
Que vino en realidad la hambrienta fiera.
Entonces el zagal se desgañita,

y por más que pateo, llora y grita,
no se mueve la gente escarmentada,
y el lobo le devora la manada.

¡Cuántas veces resulta de un engaño,
contra el engañador el mayor daño!

Tomado de <https://goo.gl/Ytk7i> (20/02/2018)

Félix María de Samaniego (1745-1801). Escritor español famoso por sus fábulas, inspiradas en las obras de los fabulistas clásicos, Esopo y Fedro, del francés La Fontaine y del inglés J. Gay.

Nanny de los Cimarrones

Elena Favilli y Francesca Cavallo

Hace muchos, muchos años, vivió en Jamaica una esclava fugitiva cuyos ancestros pertenecieron a la realeza africana. Se le conocía como la reina Nanny, y era la lideresa de un grupo de esclavos fugitivos llamados cimarrones. En esa época, Jamaica estaba ocupada por los británicos, quienes habían esclavizado y deportado africanos a este país para que trabajaran en campos de caña de azúcar. Sin embargo, la reina Nanny quería libertad para ella y los suyos, así que escapó, liberó a muchos otros esclavos y los guio hasta las montañas, en donde construyeron una población llamada Nanny Town.

El único camino para llegar a Nanny Town era un sendero muy estrecho en medio de la selva. La reina Nanny les enseñó a los cimarrones a cubrirse con hojas y ramas para camuflarse con la jungla. Mientras los soldados británicos caminaban por la selva en una sola fila, no tenían idea de que estaban rodeados. Sin embargo, al sonar una señal, los “árboles” a su alrededor de pronto brincaron y los atacaron.

El único problema que tenía Nanny Town era que sus habitantes pasaban hambre.

Una noche, debilitada por el hambre y preocupada por su gente, la reina Nanny se quedó dormida y soñó que uno de sus ancestros le decía:

—No te des por vencida. La comida está a la mano.

Cuando despertó, encontró semillas de calabaza en sus bolsillos. Las plantó en la ladera y al poco tiempo su tribu tuvo mucha comida. Desde entonces, la colina cercana a Nanny Town se llama la Colina de las Calabazas.

Tomado de Favilli, E. y Cavallo, F. (2017). *Cuentos de buenas noches para niñas rebeldes*. Bogotá: Planeta.

Elena Favilli nació en Italia. Es escritora y empresaria de medios de comunicación. Estudió semiótica en la Universidad de Bolonia y periodismo digital en la U.C. Berkeley.

Francesca Cavallo nació en Italia. Tiene títulos en Ciencias de la Comunicación y Dirección Teatral. Fue fundadora de la compañía de teatro Kilidrammi, de Paolo Rossi.

La Princesa Súa

Tradición oral

En Atacames se narra la leyenda de la Princesa Súa, hija del cacique del lugar, que se enamoró de un español, el Capitán de León. Este tuvo que salir temporalmente del lugar y la princesa se quedó esperándole, pero le llegó la noticia de que había muerto en la batalla con los teaones, al mando del cacique Ton-Zupa, expretendiente de la princesa. Al enterarse de lo acontecido, ella corrió al peñón donde solía encontrarse con el capitán para contemplar el paisaje y se arrojó al acantilado.

Después de un tiempo, el capitán regresó a la aldea donde fue informado del suicidio de la princesa. Desesperado, también él decidió hacer lo mismo: fue al acantilado y se arrojó. Desde entonces se conoce al lugar como El peñón del suicida.

Tomado de Moya, A. (2009). *Arte oral del Ecuador*. Quito: Ministerio de Cultura.

Laura Hidalgo (1982). *Compiladora de leyendas orales ecuatorianas*.

El banquete (fragmento)

Julio Ramón Ribeyro

Con dos meses de anticipación, don Fernando Pasamano había preparado los pormenores de este magno suceso. En primer término, su residencia hubo de sufrir una transformación general. Como se trataba de un caserón antiguo, fue necesario echar abajo algunos muros, agrandar las ventanas, cambiar la madera de los pisos y pintar de nuevo todas las paredes.

Esta reforma trajo consigo otras y (como esas personas que cuando se compran un par de zapatos juzgan que es necesario estrenarlos con calcetines nuevos y luego con una camisa nueva y luego con un terno nuevo y así sucesivamente hasta llegar al calzoncillo nuevo) don Fernando se vio obligado a renovar todo el mobiliario, desde las consolas del salón hasta el último banco de la repostería. Luego vinieron las alfombras, las lámparas, las cortinas y los cuadros para cubrir esas paredes que desde que estaban limpias parecían más grandes. Finalmente, como dentro del programa estaba previsto un concierto en el jardín, fue necesario construir un jardín. En quince días, una cuadrilla de jardineros

japoneses edificaron, en lo que antes era una especie de huerta salvaje, un maravilloso jardín rococó donde había cipreses tallados, caminitos sin salida, una laguna de peces rojos, una gruta para las divinidades y un puente rústico de madera, que cruzaba sobre un torrente imaginario.

Lo más grande, sin embargo, fue la confección del menú. Don Fernando y su mujer, como la mayoría de la gente proveniente del interior, solo habían asistido en su vida a comilonas provinciales en las cuales se mezcla la chicha con el whisky y se termina devorando los cuyes con la mano. Por esta razón, sus ideas acerca de lo que debía servirse en un banquete al presidente eran confusas. La parentela, convocada a un consejo especial, no hizo sino aumentar el desconcierto. Al fin, don Fernando decidió hacer una encuesta en los principales hoteles y restaurantes de la ciudad y así pudo enterarse de que existían manjares presidenciales y vinos preciosos que fue necesario encargar por avión a las viñas del mediodía.

Cuando todos estos detalles quedaron ultimados, don Fernando constató con cierta angustia que en ese banquete, al cual asistirían ciento cincuenta personas, cuarenta mozos de servicio, dos orquestas, un cuerpo de ballet y un operador de cine, había invertido toda su fortuna. Pero, al fin de cuentas, todo dispendio le parecía pequeño para los enormes beneficios que obtendría de esta recepción.

—Con una embajada en Europa y un ferrocarril a mis tierras de la montaña rehacemos nuestra fortuna en menos de lo que canta un gallo (decía a su mujer). Yo no pido más. Soy un hombre modesto.
—Falta saber si el presidente vendrá (replicaba su mujer).

En efecto, había omitido hasta el momento hacer efectiva su invitación. Le bastaba saber que era pariente del presidente (con uno de esos parentescos serranos tan vagos como indemostrables y que, por lo general, nunca se esclarecen por el temor de encontrar adulterino) para estar plenamente seguro que aceptaría. Sin

embargo, para mayor seguridad, aprovechó su primera visita a palacio para conducir al presidente a un rincón y comunicarle humildemente su proyecto.

—Encantado (le contestó el presidente). Me parece una magnífica idea. Pero por el momento me encuentro muy ocupado. Le confirmaré por escrito mi aceptación.

Don Fernando se puso a esperar la confirmación. Para combatir su impaciencia, ordenó algunas reformas complementarias que le dieron a su mansión un aspecto de un palacio afectado para alguna solemne mascarada. Su última idea fue ordenar la ejecución de un retrato del presidente (que un pintor copió de una fotografía) y que él hizo colocar en la parte más visible de su salón.

Al cabo de cuatro semanas, la confirmación llegó. Don Fernando, quien empezaba a inquietarse por la tardanza, tuvo la más grande alegría de su vida.

Tomado de <https://goo.gl/4PVKos> (28/03/2018)

Julio Ramón Ribeyro (1929-1994). Escritor peruano de la Generación del 50. Fue reconocido como uno de los maestros del cuento. Ha publicado *Los gallinazos sin plumas*, *Las botellas y los hombres*, *Silvio en El Rosedal*, entre otras obras.

Corazón (fragmento)

Edmondo de Amicis

Un navío francés partió de Barcelona, ciudad de España, para Génova, llevando a bordo franceses, italianos, españoles y suizos. Había, entre otros, un chico de once años, solo, mal vestido, que estaba siempre aislado, como animal salvaje, mirando a todos de reojo. Y tenía razón para mirar a todos así. Hacía dos años que

su padre y su madre, labradores de los alrededores de Padua, lo habían vendido al jefe de cierta compañía de titiriteros, el cual, después de haberle enseñado a hacer varios juegos a fuerza de puñetazos, puntapiés y ayunos, lo había llevado a través de Francia y España, pegándole siempre y teniéndolo en cambio siempre hambriento. Llegado a Barcelona y no pudiendo soportar ya los golpes y el ayuno, reducido a un estado que inspiraba compasión, se escapó de su carcelero y fue a pedir protección al cónsul de Italia, el cual, compadecido, lo había embarcado en aquel navío, dándole una carta para el alcalde de Génova, que debía enviarlo a sus padres, a aquellos mismos que lo habían vendido como una bestia.

El pobre muchacho estaba lacerado y enfermo. Le habían dado billete de segunda clase. Todos lo miraban, algunos le preguntaban; pero él no respondía, y parecía odiar a todos. ¡Tanto lo habían irritado y entristecido las privaciones y los golpes! Al fin tres viajeros, a fuerza de insistencia, consiguieron hacerlo hablar, y en pocas palabras, torpemente dichas, mezcla de italiano, español y francés, les contó su historia. No eran italianos aquellos viajeros, pero lo comprendieron, y parte por piedad, parte por excitación del vino, le dieron algunas monedas, instándolo para que contase más. Y habiendo entrado en la cámara en aquel momento algunas señoras, los tres, por darse tono, le dieron aún más dinero, gritando: ¡Toma, toma más!

Y hacían sonar las monedas sobre la mesa. El muchacho las recogió todas, dando las gracias a media voz, con aire malhumorado, pero con una mirada, por primera vez en su vida, sonriente y cariñosa. Después se fue a su camarote y permaneció allí, solo, pensando en lo ocurrido. Con aquel dinero podía tomar algún buen bocado a bordo, después de dos años de no comer más que pan; podía comprarse una chaqueta, apenas desembarcara en Génova,

después de dos años de vestir andrajos, y podía también, llevando algo a su casa, tener del padre y de la madre mejor acogida que la que le esperaba si llegase sin nada en los bolsillos. Aquel dinero era para él casi una fortuna, y en esto pensaba, consolándose, mientras los tres viajeros conversaban y bebían sentados a la mesa, en medio de la sala de segunda clase. Se los oía hablar de sus viajes y de los países que habían visto; y de conversación en conversación vinieron a hablar de Italia. Empezó uno a quejarse de sus fondas; otro, de sus ferrocarriles, y después, todos juntos, animándose, hablaron mal de todo. Uno habría preferido viajar por Laponia; otro decía que no había encontrado en Italia más que estafadores y bandidos; el tercero, que los empleados italianos no sabían leer.

—Un pueblo ignorante —decía el primero.

—Sucio —añadió el segundo.

—La... —exclamó el tercero. Iba a decir “ladrón”, pero no pudo acabar la palabra.

Una tempestad de monedas cayó sobre las cabezas y espaldas de los tres, y descargó sobre la mesa y el suelo con ruido infernal. Los tres se levantaron furiosos, mirando hacia arriba, y recibieron un puñado de monedas en la cara.

—Recobrad vuestro dinero —dijo con desprecio el muchacho, asomado al ventanuco de su camarote. Yo no acepto limosnas de quienes insultan a mi patria.

Tomado de <https://goo.gl/LTgTBp> (13/02/2018)

Edmondo de Amicis (1846-1908). Escritor italiano, novelista y autor de libros de viajes. Su obra se caracteriza por la mezcla del romanticismo y el realismo con un propósito ético.

Preguntas

Federico García Lorca

Un pleno de cigarras tiene el campo.

—¿Qué dices, Marco Aurelio,
de estas viejas filósofas del llano?
¡Pobre es tu pensamiento!

Corre el agua del río mansamente.

—¡Oh Sócrates! ¿Qué ves
en el agua que va a la amarga muerte?
¡Pobre y triste es tu fe!

Se deshojan las rosas en el lodo.

—¡Oh, dulce Juan de Dios!
¿Qué ves en estos pétalos gloriosos?
¡Chico es tu corazón!

Tomado de <https://goo.gl/wV9RU1> (23/03/2018)

Federico García Lorca (1898-1936). Poeta español, miembro de la mítica Generación del 27, es el mayor referente de la literatura española del siglo XX. También escribió numerosas obras de teatro, género en el que se lo considera autoridad e ícono del siglo pasado.

El país del exilio no tiene árboles...

Jorge Carrera Andrade

El país del exilio no tiene árboles.
Es una inmensa soledad de arena.
Solo extensión vacía donde crece
la zarza ardiente de los sacrificios.

El país del exilio no tiene agua.
Es una sed sin límites,
sin esperanza de cercanas fuentes
o de un sorbo en el cuenco de una piedra.
El país del exilio no tiene aves
que encanten con su música al viajero.
Es desierto poblado por los buitres
que esperan el convite de la muerte.
Alza el viento sus torres deleznales.
Sus fantasmas de arena me persiguen
a través de la patria de la víbora
y de la zarza convertida en fuego.

Tomado de <https://goo.gl/6fP9re> (13/02/2018)

Jorge Carrera Andrade (1903-1978). Escritor y poeta ecuatoriano cuya obra marca el inicio de las vanguardias en el Ecuador. Algunas de sus obras son *Amigo de las nubes*, *Estanque inefable*, *La guirnalda del silencio*, *Mademoiselle Satán*.

Las Amazonas

Mitología griega

Las Amazonas conformaban un pueblo solo de mujeres descendientes de Ares, dios de la guerra, y de la ninfa Harmonía. Se ubicaban a veces al norte, otras en las llanuras del Cáucaso, y otras en las llanuras de la orilla izquierda del Danubio. En su gobierno no interviene ningún hombre, y como jefe tienen una reina. La presencia de los hombres era permitida siempre que desempeñaran trabajos de servidumbre. Para perpetuar la raza se unían con extranjeros, pero solo conservaban a las niñas. Si nacían varones, se cuenta en algunas versiones que los mutilaban

dejándolos ciegos y cojos. Otras fuentes indican que los mataban. Por decreto, a todas las niñas les cortaban un seno, para facilitarles el uso del arco y el manejo de la lanza. De esta costumbre proviene su nombre “amazonas”, del griego *amazwn*, que significa ‘las que no tienen seno’. Era un pueblo muy guerrero, por lo que su diosa principal era Artemisa, la cazadora. Debido a esto se les atribuía la fundación de Éfeso y la construcción del Gran Templo de Artemisa.

De este pueblo hay muchas leyendas, en las que grandes héroes tuvieron que enfrentarse a ellas. Por ejemplo, Belerofonte, quien luchó contra ellas por mandato de Yóbates. Una de las más conocidas es cuando Heracles (Hércules) cumple la misión que le asigna Euristeo, y se dirige a las márgenes del Termodonte a adueñarse del cinturón de Hipólita, reina de las Amazonas. Esta consintió en entregarle el cinturón a Heracles, pero la celosa Hera (esposa del dios Zeus) provocó una rebelión entre las Amazonas, y Heracles tuvo que matar a Hipólita. Teseo, que acompañaba a Heracles en su misión, se llevó a Antíope, una de las amazonas. Ellas, molestas por este atrevimiento y para vengar el rapto, hicieron la guerra contra Atenas, pero fueron derrotadas por los atenienses que estaban liderados por Teseo.

Otra hazaña legendaria que las involucra es la ayuda que brindaron a los troyanos durante la guerra de Troya. Penthesilea, reina amazona, envió un grupo de apoyo a Príamo, rey troyano. Aquiles dio muerte a Penthesilea quien, antes de morir, hizo que se enamorara perdidamente de ella, lo que le infundió gran sufrimiento.

